



La república de los Balcanes se constituyó como tal en 1945 al mando de la cual se erigió Josip Broz Tito.



En Pristina se suceden los enfrentamientos entre nacionalistas albaneses y policía.

Yugoslavia espera los cambios del Este

La mayoría albanesa de Kosovo puede ser el desencadenante de la perestroika en los Balcanes

SANTIAGO ALGORA

Mientras la mayor parte de los países del este europeo atraviesan tensos periodos revolucionarios que merman poco a poco la fuerza de los mandamientos stalinistas, Yugoslavia, constituida como una república socialista de carácter federativo, observa implacablemente el devenir de unos cambios que, de momento, no parecen afectarle.

La república yugoslava limita al noroeste con Italia, al norte con Austria y Hungría, al nordeste con Rumanía, al este con Bulgaria y al sur con Grecia y Albania. Dejando de un lado la influencia que pueda recibir de los países llamados de la Europa occidental, que es mucha sobre todo en las zonas limítrofes a Italia y Austria, no es menos claro que la presión ejercida por la Europa del este haya mantenido a Yugoslavia entre el grupo de los partidarios de un régimen de corte estalinista, aunque renovado.

La república federativa de Yugoslavia está compuesta de seis repúblicas socialistas a las que tan sólo une el sistema político que en su día consolidara el venerado mariscal Tito. Bosnia-Herzegovina, Croacia, Macedonia, Montenegro, Serbia y Eslovenia pueden considerarse como zonas completamente autónomas unas de otras donde por tener, además de un lenguaje propio y unas instituciones concretas, tienen hasta distintas religiones reconocidas como oficiales. Además de estas seis repúblicas también las dos provincias autónomas, Kosovo y Voivodina, incluidas dentro de los territorios de la república

de Serbia. El gobierno serbio es el que dicta las normas que hay que cumplir y en estas dos provincias las cumplen o no.

En su conjunto, la república yugoslava es una comunidad multinacional. En la actualidad, la población algo más de cuatro millones de croatas, más de un millón de macedonios, algo más de medio millón de montenegrinos, casi dos millones de musulmanes, más de ocho millones de serbios y más de millón y medio de eslovenos. Los yugoslavos como tales, es decir, aquellos que a sí mismos se definen de tal manera, no llegan a un millón trescientas mil personas. Pero además, por si con estas mezclas poblacionales no fuera suficiente, conviven en el país casi dos millones de albaneses, algo más de cuatrocientos mil húngaros además de rumanos, turcos, eslovacos, búlgaros, checos, italianos, ucranianos y rutenos.

El espíritu nacionalista de los pueblos yugoslavos se resume en una frase que puesta en boca de un serbio, por ejemplo, sería así: «Mi país es Serbia, soy ciudadano yugoslavo». Esta definición es perfectamente trasladable al resto de habitantes de las otras cinco repúblicas yugoslavitas existentes.

La república de los Balcanes se constituyó como tal en 1945 al mando de la cual se erigió Josip Broz Tito quien en 1948 hubo de hacer frente a los intentos soviéticos, protagonizados por Stalin, de restringir la soberanía de la Yugoslavia socialista y de suprimir el Partido Comunista Yugoslavo (PCJ). La unidad manifestada por las distintas repúblicas yugoslavitas se veía fomentada por la



Ha tenido que ser la mayoría albanesa residente en la provincia autónoma de Kosovo la que, por primera vez en muchos años, hiciera frente a la policía militar del país.

necesidad de aunar esfuerzos no sólo para conseguir el mayor desarrollo posible del proyecto político diseñado por Tito sino también para hacer frente al todopoderoso estalinismo que desde la Unión Soviética amenazaba con avanzar.

Pero Tito murió el 4 de mayo de una década, la de los ochenta, que vería cómo se tambaleaba la hegemonía estalinista en los países del Este y que se cerraría no sólo con el derrocamiento de Honnecker en la República

Democrática de Alemania; la caída del muro de Berlín o la apertura de la puerta de Brandenburgo sino que además, Checoslovaquia llevaría a un dramático derrocamiento a un poder provisional; Bulgaria y Hungría se lanzarían a la calle para pedir apertura real de fronteras; y Rumania, como si de un Luis XVI y una María Antonieta se tratase, "guillotinaría" las cabezas de los Ceaucescu, usurpadores del poder del país durante veinticinco años y a los que gustaba predicar

comunismo envueltos entre paneles dorados.

Todavía no han pasado diez años de la muerte del mariscal y Yugoslavia ya empieza a despertar. Cierto es, que las revueltas internas entre yugoslavos de distintas repúblicas se han venido sucediendo en los últimos años. Cierto es también, que los eslovenos nunca han visto con buenos ojos a los serbios, entre otras cosas porque esta última es la república más grande, y se supone la más favorecida, del país y porque en ella se encuentra la capital, Belgrado. También es verdad, que los movimientos independentistas han surgido en la mayor parte de las repúblicas yugoslavitas con más o menos fuerza. Sin embargo, el pueblo yugoslavo no ha encontrado la vía del cambio. Es ahora, cuando sus vecinos de Rumanía abren sus fronteras, cuando empiezan a producirse los primeros frentes independentistas. Pero, ¿dónde?

Casi un millón y medio de albaneses

Ha tenido que ser la mayoría albanesa residente en la provincia autónoma de Kosovo la que, por primera vez en muchos años, hiciera frente a la policía militar del país.

En previsión de este tipo de acciones, los carros de combate, camiones, furgones y todo tipo de material de guerra, espera pacientemente a las puertas de la capital de Kosovo, Pristina, para reprimir cualquier intento de movimiento independentista. La primera prueba la hemos visto esta semana durante la que decenas de yugoslavos y albaneses se han dejado la vida no sólo en

Pristina sino en otras ciudades de la provincia.

Mientras tanto, Albania, practicante del estalinismo más hermético, reclama insistentemente la soberanía sobre la población albanesa de Kosovo.

El frente político abierto en Rumania, la "guerra santa" que estos días enfrenta a armenios y azerbaiyanos, los intentos aperturistas del pueblo alemán y los descos independentistas de las repúblicas soviéticas de Estonia y Lituania pueden confluír ahora en la estructura de la república yugoslava.

Kosovo busca desesperadamente su independencia real capitaneado por la mayoría albanesa; Eslovenia puede iniciar un proceso de ruptura con el gobierno central de Serbia guiado no sólo por intereses independentistas sino atraído también por las mieles que al otro lado de sus fronteras, ofrecen las democracias austriaca e italiana; Bosnia-Herzegovina puede ser el germen del enfrentamiento religioso entre las distintas comunidades del país dada la mayoría musulmana existente en la zona con centro neurálgico en Sarajevo; Montenegro sufre el problema de un bajo nivel demográfico acusado por la tensión interna sobre el centro político de una república que se debate entre Titograd, capital actual y Niksic, una de las ciudades más desarrolladas de la zona. Mientras tanto, Serbia, centralista y centralizadora y Macedonia esperan acontecimientos. La primera, amparada en su condición de ostentar la capitalidad del país y la segunda, relegada al sur de la geografía yugoslava y a la que, de momento, sólo llegan los sonidos del "shirtaki" negro.